

# LOS TITIRITEROS

Jesús Pulido Ruiz

Una tarde. Como tantas y tantas tardes encerradas en el baúl de la historia particular de cada uno. Una calle: de los Labradores. Una tarde sin fecha, sin etiquetar, difuminada en el tiempo de la infancia, que hoy viene a desgajarse, en volátiles pensamientos, de la maraña de vivencias que quedaron atrás y que se conservan enmohecidas en el sótano de la memoria.

La hora más serena del día. Hora en que los últimos coletazos de los rayos del sol reptan por los tejados y se descuelgan reverberantes por las irregulares tapias encaladas. Pintoresca escena en la que caben los corros de mujeres inmersas en la costura y el chismorreo, la vuelta de las faenas campestres del labriego, asido al ramal de su caballería, o grupos de niños atendiendo a sus juegos. Imágenes que deambulan por la mente como olvidados fantasmas. Cuadro de apariencia imperturbable en el ilimitado salón vespertino que hoy volvemos a evocar. De pronto, en medio de ese sosiego, una voz rompe el lento y parsimonioso fluir del perezoso atardecer.

-¡Que han llegado los titiriteros!... - grita alborozado uno de los chicos que juegan al fondo de la calle, a la altura de la panadería del tío Churrique.

- ¿Dónde están? - pregunta a voz en grito y con toda la impaciencia del mundo uno de otro grupo que se entretiene, cerca de la calle de la Padilla, blandiendo una espada de palo y luchando por quién sabe qué sueño imposible de infancia.

-En la plazuela de Manduca. Traen un mono y una cabra amaestrada - le comunica el primero, acompañando sus palabras de expresiva, casi histriónica, gesticulación.

Recibido el informe, todos, a cuál más rápido, se lanzan en alocada carrera calle abajo en pos de conseguir la gloria de ser el primero de ellos en observar de cerca a los artistas ambulantes y su reducido grupo de "fieras".

Al llegar a su punto de destino ven, inmersos en la faena, a todos los componentes de la compañía preparando los elementos necesarios para el espectáculo, que en realidad no son muchos: una pequeña escalera destartada por donde la cabra o el mono habrán de subir y hacer alguna muestra de sus habilidades en la plataforma que posee al final u otros sencillos elementos, que servirán para las actuaciones de los acróbatas y saltimbanquis. Su carromato de feria lo han aparcado a un lado de la plaza. Todos, desde el más joven hasta el que parece más viejo, hombres y mujeres, se afanan por poner todo a punto para la función.

Los chicos, jadeantes tras la carrera, apenas reparan en la labor que llevan a cabo los forasteros. Más bien buscan con la vista a los animales, que no tardan en encontrar. Una escuálida cabra de pelaje ralo y sucio, atada a una rueda del carromato, rumia y engulle lo que parece un trozo de papel de estraza, que el azar debió poner a su alcance, mientras observa con indiferencia el ajetreo a su alrededor. Un pequeño mono, de los llamados tífs, vestido con un chalequillo de color rojo brillante, metido en una gran jaula, se espulga meticulosamente y mira con desconfianza a los recién llegados.

Los intrusos se arraciman entre gritos y risas junto a la jaula del simio.

- Shavale, no asercarse musho al mono, que z'asusta - se dirige a ellos con tono imperativo y su inconfundible acento andaluz un hombre mayor, enorme bigote blanco y calado con un sombrero de paño negro, que parece ser el patriarca de esa reducida comunidad.

Y los shavale, los chavales, pese a hacerlo de mal grado, obedecen al singular personaje y se sitúan a cierta distancia de la jaula.

Era una de esas agrupaciones circenses callejeras que llegaban al pueblo. Rudimentarias compañías, medio gitanos, formadas por padres, hijos, primos, tíos y

abuelos. Distintas generaciones de personas ingeniosas y llamativas, acróbatas o equilibristas la mayoría de ellos y algún que otro mago, payaso o tragafuegos de poca monta, que llevaban una vida bohemia y que lo más que solían parar en un lugar era uno o dos días.

Iban de pueblo en pueblo con sus esperpénticas actuaciones, sus danzas, marionetas y animales, tratando de hacer pasar un rato divertido a la gente. A veces recorrían en pasacalle las principales vías del pueblo haciendo sonar el tamboril y algún otro instrumento musical para despertar la curiosidad de los vecinos y advertir de su presencia.

Su visita siempre era muy bien recibida, sobre todo por la chiquillería, porque, aunque fuese por pocas horas, acababa con la monotonía y la rutina del paso de los días. El espectáculo, pese a ser pobre, debido a sus escasos medios, hacía pasar unos momentos amenos al personal a cambio de algunas perras con que matar su hambre, eterna compañera de viaje, y tal vez saciar (¿o justificar?) sus sueños de artista o comediante. Estas visitas solían acaecer en primavera o verano, o en los primeros meses de otoño, si la bonanza del tiempo acompañaba.

Cuando todo parece estar preparado y la tarde, maquillando sus últimas luces, comienza a impregnarse de un tono gris, uno de los hombres de la troupe, corpulento, vestido con una camisa de volantes de color rosa chicle y un chaleco de terciopelo color azabache, acerca a su boca una bocina, que recuerda a un gran embudo, y lanza su reclamo al aire en todas direcciones.

-Ha llegado el circo... No se pierdan el maravilloso espectáculo de nuestros grandes acróbatas y de otras fabulosas atracciones que harán las delicias de grandes y chicos. Acérquense y vean nuestra gran función...

El público empieza a arremolinarse tímidamente en torno a la plaza. Algunos

publicidad

<p><i>Joyería Simón</i> Susana Simón Rodríguez</p> <p>Calle Ocaña, 3.- Tel: 925 745 619 455216 La Puebla de Montalbán-Toledo</p>	<p><i>CHURRIQUE</i></p> <p>Muebles en General Electrodomesticos Climatización Joyería</p> <p>Ferrandr de Roja, 1 Tel: 925 730 161 455216 LA PUEBLA DE MONTALBÁN (Toledo)</p> <p>Hón: 618 956 010 Añón: 607 634 195</p>	<p>HOSTAL BAR RESTAURANTE</p> <p><b>LEGAZPI</b></p> <p>Hnos. Cid. Avda de Madrid 55 Telf: 925 750 032 especialidad en conejo al ajillo, liebre con arroz y gazpacho pucblano</p>
--	--	--